



Precio: CINCO ptas.

EDITORIAL
CATÓLICA
TOLEDANA

CORPUS CHRISTI



TOLEDO 1946

Jhs

Para la Biblioteca
del Excmo. Ayuntamiento
de Joloto

el Autor

Joloto 10-V-1947

PREGÓN DEL CORPUS CHRISTI

EL PREGÓN

DEL

CORPUS CHRISTI

POR EL M. I. SR. DOCTOR DON

FILIBERTO DIEZ PARDO

CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA S. I. C. PRIMADA

TOLEDO-1946

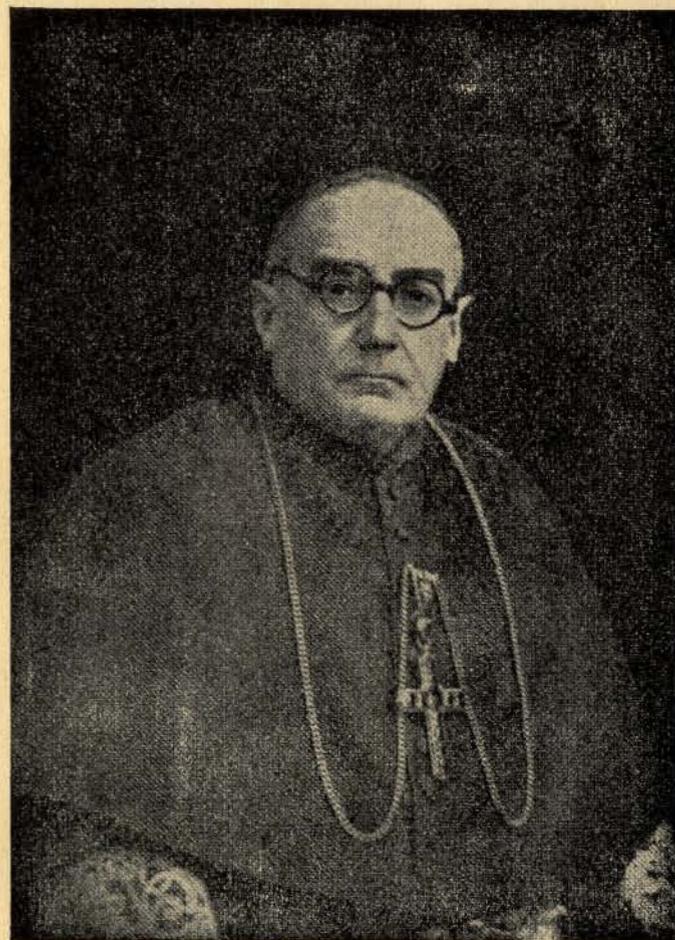
Nihil obstat:

DR. ANASTASIUS GRANADOS
Censor

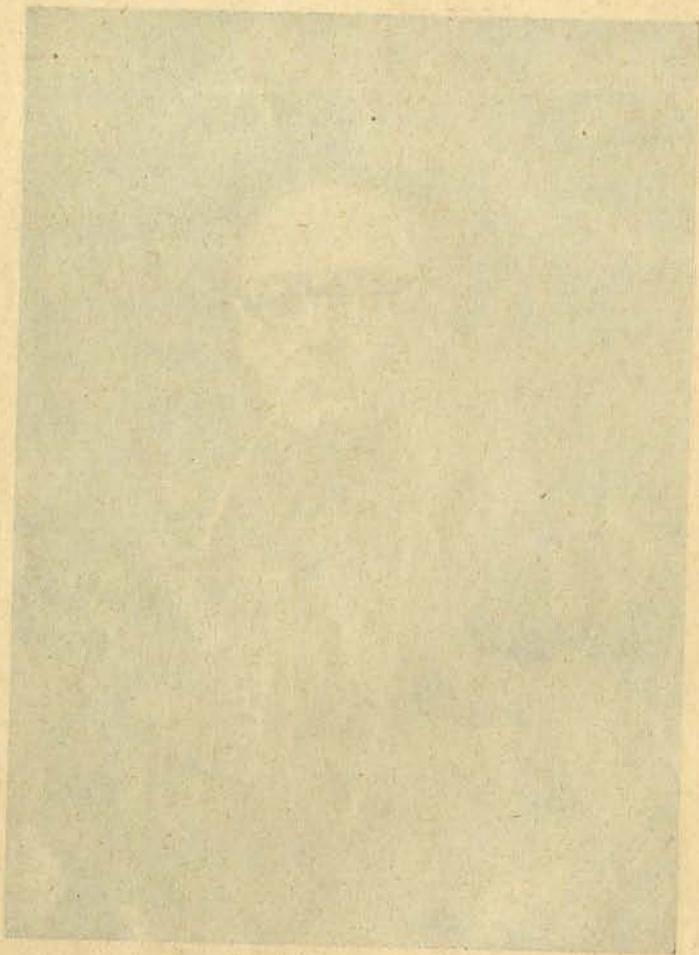
Imprimatur:

† HENRICUS, CARD. PLA Y DENIEL
ARCHIEP. TOLETANUS

Toleti, die 12 Decembris 1946.



El Emmo. Sr. Cardenal Primado
DOCTOR DON ENRIQUE PLA Y DENIEL,
Arzobispo de Toledo.
Bajo su Pontificado está adquiriendo el Corpus los esplendores
litúrgicos del Imperio



El Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia y Presidente
de la Junta Provincial de Turismo
DON BLAS TELLO Y FERNÁNDEZ-CABALLERO,
bajo cuyo patrocinio se publica el Pregón del Corpus de 1946



El Excmo. Sr. Gobernador civil de la Provincia y Presidente
de la Junta Provincial de Turismo

DON BLAS TELLO Y FERNÁNDEZ-CABALLERO,
bajo cuyo patrocinio se publica el Pregón del Corpus de 1946



El M. I. Sr. Doctor
DON FILIBERTO DÍEZ PARDO,
Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral Primada,
que dijo el Pregón del Corpus de 1946

SINTONIZANDO LA ANTENA...

Cuéntase del Cardenal Lorenzana la siguiente contestación al Papa acerca de la procesión del Corpus Christi que acababa de presenciar en Roma: **Santísimo Padre: a la de Toledo no le falta, para superarla, sino la presencia de Vuestra Santidad en ella.**

Las palabras del gran Cardenal español han pasado a la historia o a la leyenda, para el caso es igual, ya que si no son auténticas, merecen serlo, y constituyen el mejor «pregón» del Corpus Christi toledano, lanzado al mundo desde la más alta antena de la tierra.

En realidad de verdad, nuestro Corpus Christi es imparejable con ninguno otro, no por esto o aquello en particular, sino por un conjunto armónico de elementos artísticos e históricos que lo escoltan, pres-tándole rango aparte en la fiestas similares de otros pueblos. En primer lugar, la Catedral de Toledo, que ostenta sobre todas las de España un doble primado de arte y de historia, luego el itinerario romántico de estas calles retorcidas y enriscadas que, al cobijo de los toldos, semejan un túnel claro-oscuro sahumado de incienso y claveles en flor, el bosque de cúpulas y torres mudéjares tostadas a los soles de la gracia y del imperio, la guarda oficial de infanzones y cadetes consanguíneos de los viejos tercios españoles, las

largas filas de Capellanes, Racioneros y Prebendados de los tres Cabildos, el Muzárabe, el de Reyes y el Primado, el templete coruscante de gloria de la más rica y hermosa custodia de la tierra, y, a su vera, en escolta de honor, las Autoridades civiles y militares, con sus relumbrantes entorchados de gala, la púrpura cardenalicia del Arzobispo Primado, y allá... en la cima de la ciudad y del Imperio, el Alcázar de los grandes destinos, con sus lienzos graníticos reventando de historia, y abajo, entre olas y cantiles, la salmodia solemne del río, arteria cristalina de la Hispanidad... todo esto y mucho más que captar no sabe ni puede la pluma pero sí el alma, forman un escenario tan bello y evocador que solamente en Toledo se puede ver y admirar para loa del Señor y regalo del espíritu.

Pero es el caso que este Corpus Christi no tiene aún proyección nacional. Sus relumbres atraviesan apenas los mares de enceradas mieses castellanas. Y es preciso que alcancen a España entera. Para lograrlo hay que pregonar a los cuatro vientos la magnificencia de nuestra fiesta sin par. Con este afán misionero se echan a volar por los cielos españoles, una vez «compuestas» en el tocador de la imprenta, estas pobres cuartillas mías que recogen, en letras de molde, el pregón del Corpus Christi de 1946.

Ojalá Dios que la parábola de los tres pregones, el de Cristo, España y Toledo, encuentre eco en los resonadores de tantas conciencias dormidas que no saben de esta vieja urbe castellana sino el escenario, por encima, de sus calles y de sus porches, pero que nunca calaron en la entraña de su espíritu ni contem-

plaron la representación de este «auto sacramental plástico» que recorre la ciudad imperial el día del Corpus Christi, en procesión vistosísima y triunfante, que, para superar a la de Roma, no le falta, según frase feliz de Lorenzana, sino la presencia del Papa en ella.

F. D. P.

ENVIO: A la imperial Ciudad,
el mejor escenario del
mejor Corpus Christi
de la tierra.

CORPUS CHRISTI DE TOLEDO

PREGÓN

EXCMO. Y RVDMO. SR.:

EXCMOS. SRES.:

SEÑORAS:

SEÑORES: ⁽¹⁾

Lo diré con toda ingenuidad. Pocas veces me sentí tan corto y atajado en el uso de la palabra: este marco, tan distinto del que suele encuadrar mis pobres predicaciones, el ambiente evocador de este salón de Concilios, el tema, la conyuntura histórica... todo ello parece cautivar, como entre hierros, mi ánimo, cortando el vuelo libre del pensamiento.

El pregón, por otra parte, es un género literario y oratorio en sí no fácil y, por lo que a mí afecta, totalmente inédito y sin cursar, dedicado como estoy, en cuerpo y alma, a la cátedra del Seminario y de la Iglesia Primada. En ellas convergen mis tareas, mis estudios y mis ilusiones, si hacemos abstracción, por el momento,

(1) *Este Pregón lo dijo su autor, las primeras vísperas de la Fiesta del Corpus Christi de Toledo—20-VI-46—, en el Salón de Concilios del Palacio Arzobispal, ante un selecto auditorio. Presidían los Excmos Sres. D. Eduardo Martínez, Obispo Auxiliar, D. Blas Tello Fernández-Caballero, Gobernador civil de la Provincia, y la Junta Provincial de Turismo.*

de mis actividades por los campos del apostolado social. Pero, en fin, puesto que la Junta Organizadora del Corpus Christi de Toledo solicitó mi colaboración personal, entendí yo ser mi deber no regatearla, sino, por el contrario, prestarla tan amplia y generosa como me fuera posible, si bien con un poco de pena en el alma de no poder aportar a estos actos, de resonancia nacional, otros títulos ni otros blasones que los anejos a mi función magistral.

Aquí, pues, me tenéis, queridos amigos, dispuesto a desempolvar mi arrumbada lira, por ver de arrancar a sus cuerdas algunas notas que acompañen la gran sinfonía de estas regaladísimas fiestas eucarísticas de 1946; todo ello a honra y loa del Santísimo Sacramento del altar y de la limpia Concepción de la Virgen María, como rezan viejas leyendas en las portadas de las más linajudas casas toledanas.

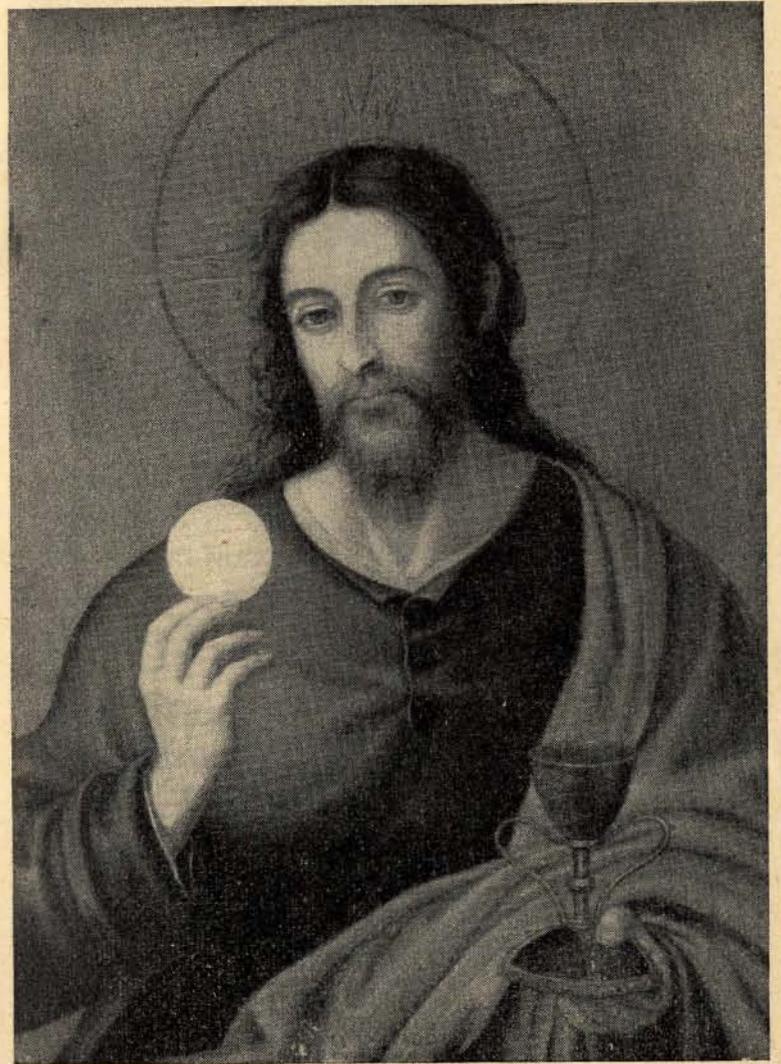
Heraldo de Cristo sacramentado y de esta imperial ciudad holgaríame mucho en pregonar el «*Corpus Christi*» al son de nuestros romances y letrillas a lo divino, como lo hiciera, en los siglos de la fe castiza, la pluma teológica de Calderón en la «*Humildad Coronada*», auto sacramental compuesto en Toledo y para Toledo, donde escribe:

— Qué festín es?
— Un auto.
— Y, dínos, dónde intentas hacerlo?
— En la muy noble
siempre imperial corte regia
de los Católicos Reyes
de España, que siempre ostentan
dar a mis cultos más triunfos
que el cielo contiene estrellas.

También quisiera yo decir mi pregón en Toledo y para Toledo, como un gran poema sacro-lírico en que rimaran, sin disonancias antes en acordado son, la teología, la historia y el arte; la teología con la nota grave del dogma, la historia con el acorde sostenido de recuerdos imperiales y el arte con los arpegios altivos y brillantes de la forma.

Mi pregón, por esto, habrá de tener algo *de invitatorio litúrgico, de leva militar y de arenga patriótica*. De invitatorio litúrgico que, amplificando la voz de los siglos, llame a los fieles a la cena de gala del gran Rey; de leva militar que, al sonido de atambores y clarines, movilice todas las riquezas de la naturaleza y del arte en honra del Señor: ramos de flores, guirnaldas de tomillo y yerbabuena, cruces de plata, incensarios de oro, palios de seda, dalmáticas de brocado, y allá, en el fondo, la custodia centelleante por la lumbre de dos soles convergentes, el que llamea en los cielos y el que relumbra encerrado en el viril; de arenga patriótica que, con voz transida de emociones, cante las glorias eucarísticas de la patria grande, España, y de la patria chica, Toledo, flotando todas ellas, como nubes celestes, cabe la custodia solar de nuestro tesoro catedralicio.

Y al conjuro de esta evocación histórica, surge en el fondo claro-oscuro de la ciudad y de la conciencia colectiva la parábola de los tres pregones, *el Pregón de Cristo, el Pregón de España y el Pregón de Toledo*.



*... comed, bebed, este es el Pan y el Vino
de la Inmortalidad y de la Gloria.*

I. EL PREGÓN DE CRISTO

Fué Cristo el primer pregonero del primer Corpus de la tierra. El Evangelio no es, en puridad, sino el pregón de la buena nueva radiado al mundo por los ángeles de paz en las majadas de Belén y amplificado luego, con vibraciones infinitas, por la vida y la palabra del Redentor...

Era una tarde del mes de Nisán. La primavera despliega su manto constelado de rosas con la fastuosidad de una princesita oriental. Florecen a porfía los rosales de Jericó; pimpollecen los cedros próceres del Líbano, lozanean las palmas de Cades abriendo al son sus verdes abanicos estriados en oro. Sobre la fronda de pomposos sicómoros trinan ruiseñores y oropéndolas. En las riberas del Jordán lucen la blancura de sus cofias virginales largas hileras de lirios y azucenas silvestres, mientras las violetas, escondidas en el césped de la lindera, exhalan al viento el oleaje sofocante de sus fragancias... Sobre el trono granítico de Sión yérguese, altiva y señera como una reina, la ciudad de Yahvé. Por sus estrechas y empinadas callejuelas van y vienen millones de judíos, envueltos en sus amplios mantos y tocados con vistosos turbantes de rara policromía. Allá, sobre la testa roqueña de la colina, se divisan, airo-sas como palmeras de piedra, las torres del palacio de Herodes. Desde las verjas del jardín escuchan los tran-seuntes la algazara, músicas y carcajadas estentóreas de eunucos y juglares.

En uno de los más suntuosos salones del palacio del

príncipe de los sacerdotes se reúnen a estas horas los ancianos, escribas y fariseos, «*ut Jesum dolo tenerent et occiderent*», con la intención premeditada de atrapar con dolo a Jesús de Nazaret y darle luego muerte (1). Ya no cejarán hasta conseguirlo...

Mientras, en un amplio salón y bien adornado del Cenáculo, alumbran las lámparas de bronce una estampa divina: Jesús, en compañía de sus discípulos, se dispone a celebrar la pascua del cordero... Sus ojos, aquellos ojos, claros y hermosos como el lucero de la mañana, parecen nublados por un leve cendal de tristeza. Sus mejillas, morenas como los trigales de Esdrelón, semejan dos rosas encendidas. Triste, sus labios se entreabren con dificultad, dejando caer preciosas y brillantes, como perlas de oriente, palabras de vida eterna... Y empieza la cena pascual a la usanza judía. Se observa a la perfección el protocolo litúrgico: de pie, con el cingulo bien ajustado, el bordón en la mano y en atuendo de viandantes, comen del cordero asado al fuego lento con las salsas y lechugas amargas, mientras se escancia el vino en las copas y corren éstas de mano en mano bebiendo todos un sorbo... De pronto, *coenantibus illis*, al terminar ya la cena, *accepit Jesus panem*, toma Jesús un pan en sus manos, *et elevatis oculis in coelum*, y levantando sus ojos al cielo, *gratias agens, fregit*, luego de dar gracias a su Padre, lo parte, *editque discipulis suis*, y se lo reparte a sus discípulos mientras les dice: **ACCIPITE ET COMEDITE**, tomad y comed, *hoc est corpus meum*, que este es mi cuerpo. Hace lo mismo con el cáliz de vino diciéndoles: **ACCIPITE et BIBITE**,

(1) Mateo, XXVI, 4.

tomad y bebed de este cáliz, que es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros y por todos en remisión de los pecados.

Tal es la escena fijada para siempre en el bronce de los Santos Evangelios.

Dulce cosa es comer el pan blanco en familia, pan de harina de trigo, con la miga blanda y la corteza bien tostada y sabrosa, mientras se escancia el vino que lleva misteriosas vibraciones exhilarantes a nuestras arterias y a nuestro corazón. Pero el pan que Jesús les ofrece, en aquella alta ocasión, es su propio cuerpo y el vino que les brinda es su propia sangre, bajo los blancos y purpúreos cendales eucarísticos.

Y ahora, señores, cuando se deslíe el sol en los cielos como un gigantesco crisantemo de fuego y cerraba la noche en el alma negra del Iscariote, cuando las flores de Sión plegan sus cálices al beso de las suaves auras vespertinas y se encienden las primeras luces del firmamento, realizado ya cumplidamente el prodigio de la multiplicación del «pan de vida», cuyas primicias adelantó, hacía exactamente un año, cabe las riberas floridas del lago de Tiberiades, depositada ya en los surcos de la tierra y de las almas la primera siembra de los espléndidos trigales y viñedos eucarísticos, atalayando, desde las cumbres luminosas del Cenáculo y a través de las montañas de los siglos, ingentes muchedumbres de hambrientos y sedientos de amor, tensas las fibras del espíritu al calor de divinas expansiones y abiertas de par en par las esclusas de su corazón divino por los ardores de altísima calentura, subiendo de tono su voz y clavando los ojos en los hijos de los hombres de todas las lenguas y razas, dice Jesucristo su pregón

del Corpus, el primer pregón del primer «Corpus Christi» que escucharon asombrados los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, radiado al mundo por el divino altavoz del Evangelio: *Comédite*; tomad y comed; *Bíbite*; tomad y bebed, que este es mi cuerpo y esta es mi sangre.

Comédite, Bíbite: Pregón divino que encontró siempre las más vigorosas resonancias en el corazón de aquella España eucarística de los autos sacramentales, la España de los corporales de Daroca y Granada, de la Sagrada Forma de El Escorial, de Pascual Bailón, de la Loca del Sacramento, y de la santa y enamorada Vizcondesa de Jorbalán, la España de las catedrales góticas y de las prodigiosas custodias, la España del Toledo imperial, esta ciudad lucentísima, anclada, como un buque de alto bordo, en las playas del Tajo y clavada para siempre en estas graníticas colinas con cinco clavos inmortales, los cuatro torreones del Alcázar de nuestro Emperador Carlos V y la torre gentil de nuestra sin par Catedral Primada, con su ostensorio monumental de bronces y mármoles lindamente trabajados, con sus dos custodias gemelas, labrada la una en alence con primorosos y elegantísimos perfiles, cincelada la otra en oro y plata a golpes de genio y de amor eucarísticos, con su Virgen del Sagrario y el sagrario de la Virgen, con su procesión inigualable y sus toldos y sus calles enramadas, con sus plazas y sus porches sahumados de canchales y jazmín, con sus inmensos trigales y viñedos entreverados de amapolas que esparcidas por sus llanos y sus valles semejan la parábola en flor de las especies eucarísticas.

Así, así, tan viva y entrañada sintió España, en la

carne de su historia, la fiesta del Corpus. Así la sintieron y vivieron y cantaron nuestros padres, caballeros sin tacha, chapados a la antigua en bronce viejo, espigados y altivos como los claros varones que acompañan al entierro del conde Orgaz, nobles y recios como las dagas templadas en las entrañas cristalinas del padre Tajo, ambiciosos como nuestros anhelos de imperar, casta de hidalgos y artistas que proyectaron en el escenario de estos siete collados el auto sacramental, plástico, chorreante de luz y de gloria, que es el Corpus Christi toledano.

Pregón divino que hizo un día vibrar la lira de bronce del poeta castellano con raudales de poesía sonora, cuando, al conjuro de la Catedral salmantina, rompió a cantar así:

*¡Canta, lengua, el Divino Sacramento
del Altar, el Amor de los Amores,
que, en sutil apariencia encarcelado,
se nos ofrece por manjar al hambre
de nuestras bocas, a la sed ardiente
de eternidad que abrasa nuestras almas!*

¡Loa también con amorosas voces
la pura Concepción de nuestra Madre,
la Santísima Virgen, concebida
sin pecado, Azucena de la gracia,
vida y dulzura de los hombres, llave
de los altos misterios eucarísticos!

¡Cantemos al Amor que nos convida
con su Cuerpo inmolado, aquí presente
para dejarse poseer, oculto

para dejarse desear! ¡Oh, cielos,
mundos, estrellas, criaturas, almas,
ángeles, hombres: alabad a Cristo,
Nuestro Señor, en su inmortal Custodia!

No le bastó al eterno Apasionado
hacerse carne de dolor, vestirse
con la piel de la angustia y de la muerte;
cargar sobre sus hombros nuestras culpas,
mucho más recias que la Cruz, más torvas
y agudas que los clavos, más amargas
que la hiel y el vinagre; dar su pecho
por blanco a las injurias de los hombres;
su faz al beso del traidor, su frente
a las espinas, su cerviz al yugo,
su corazón al hierro de la lanza.

Sangre, polvo, sudor, llanto y ultrajes,
cuerdas, aceros, salivazos, mofas,
en cada afrenta padecer mil vidas
y en solo un cáliz apurar mil muertes,
perdonar y morir, clavado al leño,
las entrañas abiertas y los brazos
para mover, para estrechar al mundo,
no eran bastantes a su amor. ¡Tenía,
pues era Dios, que superar al hombre!

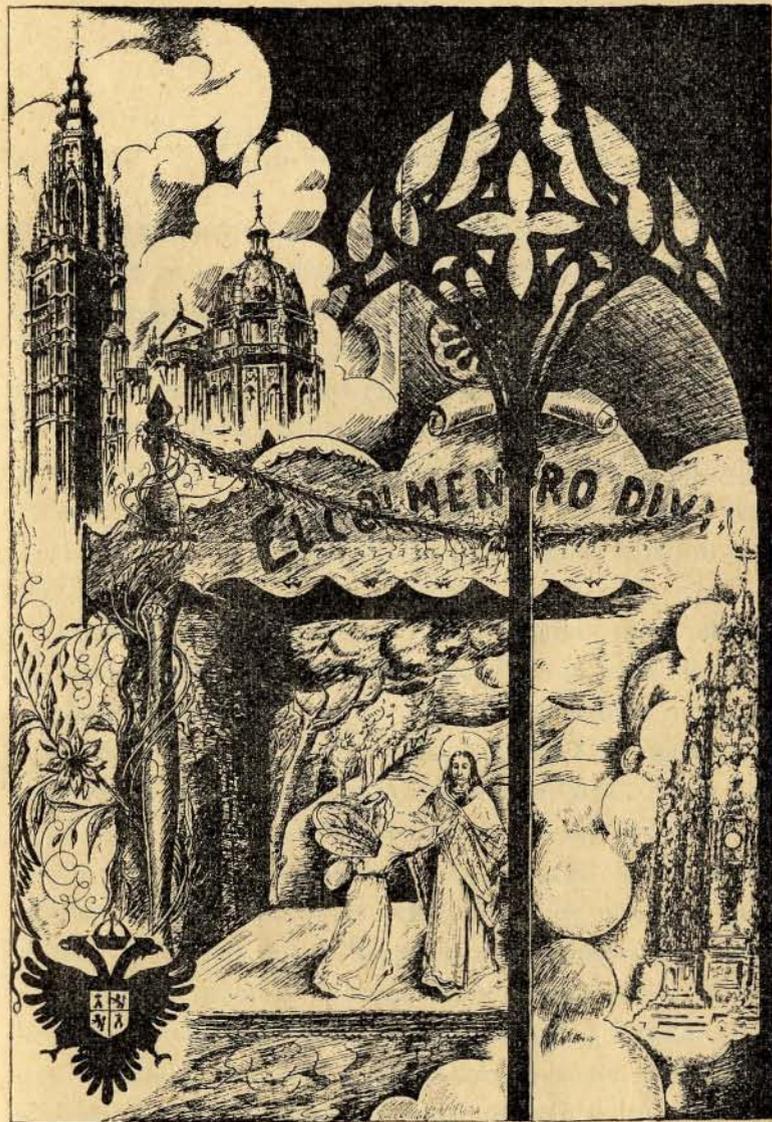
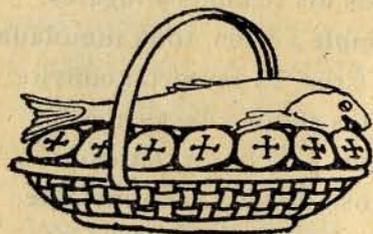
Padecer y morir por quien se ama,
dar honra y vida, desgarrarse el pecho
para entregar el corazón, son rasgos
propios del hombre, cuando el hombre siente
llamear el espíritu en su carne;
mas hacer sempiterno el sacrificio,

darse en perpetua Comunión de amores,
no ya a la Humanidad, uno por uno,
a cada corazón, a cada boca.
juntar su sangre con mi sangre, su alma
con la mía, su cielo con mi tierra,
nutrirme yo de la substancia suya
para vivir la vida de su Espíritu,
misterio es que los ángeles entienden,
que sólo alcanzan a entrever los hombres
cuando en las horas de profundo insomnio
les abrasa la ardiente calentura
del más allá, la sed de lo infinito...

Que todo es poco a la ternura, al ansia
del divino Amador: así le plugo
dar su cuerpo y su sangre, dar su vida,
su humanidad, su eternidad con ella,
no una vez sola, como puede el hombre,
sino en todos los tiempos y lugares,
como le cumple a Dios, toda inmolada
como en la Cruz, en inmortal convite,
para todos los siglos y las gentes,
plena de amor y de dolor, latiendo
con misterioso pulso a cada instante,
presente a todas horas en la augusta
muchedumbre de templos y sagrarios,
cálices, hostias, corazones, lenguas,
almas prendidas en el dulce fuego
de esta Pasión universal, las almas
que gritan «¡Siempre!» a los que dice, «¡Nunca!»

*Venid, pues, a esta Cena los hambrientos,
los sedientos de Amor, los que en la Noche*

tendéis los brazos, los abiertos brazos,
como Cristo en la cruz; los que en tinieblas
apetecísteis el sol; los que, entre hierros,
sentís, en los presidios de la carne,
pujos de libertad; vidas tronchadas
como tallos de flores; ojos dulces
y tristes, hechos a mirar las cosas
a través de las lágrimas; deseos
puros, heroicos, entrañables; frentes
coronadas de espinas; corazones
enfermos de belleza y de ternura,
de soledad y compasión: hermanos,
comed, bebed, este es el Pan y el Vino
de la Inmortalidad y de la Gloria.



... otra Colmena mejor
he labrado para tí,
ven, alma, acércate a Mí,
prueba la miel del Amor.

II. PREGÓN DE ESPAÑA

El pregón eucarístico del Evangelio lo recoge en su corazón y en su liturgia la Iglesia Católica, y, desde los albores del Cristianismo, todo el culto religioso gira en torno a este misterio central. Sin embargo, hasta los siglos medios, no reza en el calendario eclesiástico una fiesta dedicada «ex profeso» a solemnizar, con los máximos esplendores litúrgicos, el cuerpo sacramentado del Hijo de Dios. Pero un día, por fin, en el cenit del medio-evo, brilla con relumbres de gloria la solemnidad del Corpus...

Había llegado la plenitud de los tiempos medievales. El genio del Cristianismo, batiendo sus alas de luz, habíase posado sobre la cúspide de los siglos medios, cuando aparece en la historia el siglo XIII, lumbré y corona de los siglos cristianos, esplendorado con las más vivas fulguraciones de la razón y de la fe, de la filosofía y de la teología, de la religión y del arte, reverberando a torrentes respladores de epopeya que hacen de él una edad legendaria, gloriosísima y heroica. En la cátedra de San Pedro sentábanse Pontífices de la estatura moral de Inocencio III y Urbano IV. Las Cruzadas escribían con caracteres de sangre la odisea más gigante que contemplara el Oriente, eclipsaban las órdenes militares, con su bravura rayana en la cúspide del heroísmo, las más grandes hazañas bélicas de Grecia y Roma. Los tronos más gloriosos de Europa estaban santificados por aquellos grandes reyes que se llamaron San Fernando en España, San Luis en Francia

y por aquellas reinas, gloria de sus pueblos, Santa Isabel de Hungría y Santa Isabel de Portugal. El Serafín de Asís y el mejor de los Guzmanes ponían en orden de batalla las aguerridas falanges de Franciscanos y Dominicos que tantos días de gloria habían de dar a la Iglesia y a la Cultura. La Arquitectura levantaba hasta el cielo, como otras tantas custodias de piedra, las catedrales góticas de Amiens, Orleans, Toledo, Burgos y León. Las Universidades de París, Oxford, Padua, Palencia y Salamanca esparcían torrentes de luz por los campos del pensamiento. Compilaba el eximio canonista, Raimundo de Peñafort, las célebres Decretales de Gregorio IX, escribe Alfonso el Sabio su obra monumental de las Siete Partidas, se eleva la Mística hasta las alturas inaccesibles de la Divinidad en alas del Doctor Seráfico, escudriña el mago de la ciencia, como entonces se le llamaba, Alberto Magno, los secretos más recónditos de la naturaleza; compone Vicente de Beauvais su célebre enciclopedia del «*Speculum majus*», Rogerio Bacón desarrolla con acierto el método empírico profetizando los grandes inventos de la edad moderna; la Literatura se engalana con una de las tres o cuatro grandes epopeyas del mundo, la Divina Comedia; y sobre este derroche de legendaria grandeza, la ciencia de las ciencias, la sagrada Teología, la ciencia de Dios, del hombre, y del Hombre-Dios, lanza potentes haces de luz vivísima y brilla, con centelleos de genio, aquella pléthora de doctores escolásticos que se llamaron Alejandro d'Alés, *el doctor irrefragable*, San Buenaventura, *el doctor seráfico*, San Alberto Magno, *el doctor universal*, Duns Scoto, *el doctor sutil*, Rogerio Bacón, *el doctor admirable*, Santo Tomás de Aquino, *el doctor angélico*...

En este ambiente de humana y divina grandeza hace su entrada triunfal en el ciclo litúrgico la festividad del Corpus Christi. No es que faltase, no, en la Liturgia un día dedicado a glorificar la Sagrada Eucaristía. Hacíalo la Iglesia el jueves santo. Pero esta solemnisima fiesta aparece allí nublada por los velos morados de la Semana Santa. Había que descorrer esos velos para que la lumbre de la Eucaristía brillase en todo su divino resplandor. Y fué el mismo Jesucristo el encargado de hacerlo. Se le aparece un día a una humilde religiosa agustina de Lieja, Juliana de Mont-Cornillon, y le revela el deseo de establecer en la Iglesia una fiesta especial, el jueves siguiente a la octava de Pentecostés, para honrar el Santísimo Sacramento. Gobernaba la Iglesia por aquellas calendas el Papa Urbano IV, Jacobo Pantaleón, antiguo arcediano de Lieja. A él se dirige la humilde Religiosa y con tan feliz suceso que el año 1363, por la Bula «*Transiturus*», queda establecida oficialmente en toda la Cristiandad la fiesta del Corpus Christi. El genio de Santo Tomás logra encerrar en unas pocas estrofas, escultóricas, perfectas, toda la teología del dogma y comienzan aquellas espléndidas solemnidades eucarísticas de insuperable tradición en nuestra Patria. España las hace suyas, incorporándolas al patrimonio espiritual de nuestro pueblo e improtándolas con el cuño teológico de la estirpe. Se organizan aquellas procesiones verdaderamente imperiales, en las que formaban desde el Rey hasta el último vasallo, seguidas luego de los autos sacramentales, síntesis acabadas de teología y de arte, formas plásticas de las más altas elocuciones metafísicas y morales, *tan humanas con ser tan divinas, tan bellas con ser tan castas*, creaciones exclu-

sivas del genio español que dramatizaron, por ingeniosa manera, el pregón eucarístico del Señor hecho ritmo y vida y poesía. *Los Autos Sacramentales: he ahí el pregón de España.*

Ah! falta, empero, una nota que yo me atrevo a sugerir ante este selecto auditorio. La genealogía última de este originalísimo género literario bien pudiéramos hallarla en las raíces viejas y jugosas de nuestra Liturgia vernácula. Tampoco, señores, en literatura se da la generación espontánea. Estudiando a fondo la filosofía de las ideas estéticas, podrían formularse ciertas leyes de afinidad o consanguinidad espiritual que, con nomenclatura hoy muy en boga, llamaríamos «constantes históricas». Sino que la urdimbre de la evolución literaria es sumamente sutil, resultando, por ende, en extremo difícil determinar el grado de espiritual parentesco que liga a un nuevo linaje literario con el precedente. Pero, en el fondo de todos los orígenes, hay que distinguir siempre, más o menos destacados y en relieve, dos elementos vitales: uno *viejo, tradicional, histórico, hereditario*; otro *nuevo, espontáneo, personal*. Si no temiéramos abusar de la terminología, los llamaríamos materia y forma. De la conjunción armónica de ambos elementos teje el hombre la historia en los telares del tiempo y del espacio bajo la acción providente de Dios.

Bajo el signo de esta ley y desaparecido el teatro clásico con la invasión de los bárbaros, va la Iglesia alumbrando un teatro renovado, de maneras espiritualistas, que desbordando de la liturgia y pasando por «*los misterios y moralidades de la Edad media*» culmina, al quebrar los albores de la Edad moderna, en los famosos melodramas sacro-líricos que en España

se bautizaron con el nombre de autos sacramentales. La filosofía de este hecho viene determinada por la «*constante histórica*» de la evolución. Todo tiende, señores, a la expansión y crecimiento a lo ancho y a lo alto, es decir, en sentido horizontal y vertical. La Liturgia eclesiástica llevaba en su seno gérmenes fecundos de nuevas floraciones dramáticas. Las funciones íbanse celebrando cada vez con más pompa y plasticidad. La música con su ritmo y armonía cada vez más acompasados, la indumentaria con sus ornamentos sagrados, la mímica con sus gestos simbólicos y como sacramentales, la poesía con su fuerza evocadora, la escultura, la arquitectura y todas las bellas artes, sabiamente entrelazadas, contribuían a su manera a dar expresión, realce y dramatismo a los «*divinos misterios*».

Por otra parte, el pueblo no se consideraba un mero espectador, sino que tomaba parte activa y directa en la acción litúrgica, manteniendo un prolongado diálogo con el sacerdote protagonista. Así nacieron a la vida de la escena los autos o representaciones melodramáticas de carácter sagrado. Al principio nudas representaciones del misterio—*el niño en el pesebre, la adoración de los magos*—luego se añaden algunos elementos plásticos—*el buey, el dromedario, los pajes, los reyes*—todo ello de orden puramente estático. Más tarde se completan con nuevos elementos de carácter dinámico—*los sacerdotes cantan, dialogan, gesticulan, representan el papel de ángeles o pastores*—y de esta manera, paulatinamente, vase creando un ritual o partitura cada vez más complicado y frondoso: En síntesis, del tronco pletórico de la Liturgia retoñan con fuerza las representaciones sacramentales. ¿De qué Liturgia, de la nacional o muzá-

rabe, o de la romana u occidental? Punto es este bien intesante por cierto, pero no suficientemente ventilado. Los historiadores, ello es cierto, suelen considerarles como producto, en su primer entronque, de importación francesa. Esta tesis se viene repitiendo por unos y por otros. Así y todo, no la creo aún suficientemente demostrada. Yo me atrevería a aventurar una hipótesis personal, que abre ancho campo a la investigación histórica de nuestros archiveros. Los autos sacramentales pudieran ser más bien producto de una evolución expansiva de nuestra Liturgia hispánica o muzárabe, una de cuyas características es la mayor participación del pueblo en los misterios del culto. Esta hipótesis explicaría por sí sola el hecho de que tales representaciones, con el empaque dramático que supo prestarles el genio de nuestros incomparables poetas, sean privativas de España. Por una nueva «constante histórica», y a favor de un ambiente propicio saturado de fe eucarística, aquellos primitivos «*misterios medievales*» vanse transformando en verdaderas piezas teatrales, de una complicación escenográfica impresionante, que dramatizan motivos bíblicos más o menos directamente relacionados con el Santísimo Sacramento del altar.

No olvidemos tampoco esta nota característica de nuestra dramática autosacramental: los autos son la voz vigorosa y recia, hecha ritmo y canción, de todo un pueblo frente a la herejía protestante de los pseudo-reformadores. Ni la negación del papado, ni el libre examen, ni la justificación imputada, ni ningún otro error luterano sublevaron y entristecieron tanto a nuestro pueblo como las blasfemias contra la Sagrada Euca-

ristía. Y con razón; porque, si negar el papado era negar la autoridad, el evangelio y la historia, y si predicar la fe sin obras era insultar la eterna justicia de Dios, desconocer a Cristo bajo los accidentes de pan y vino y, por una paradoja diabólica, perseguirlo y escarnecerlo allí precisamente, equivalía a renegar de la misericordia divina en su epifanía más asombrosa, suprimir el alimento espiritual de las almas, condenándolas al hambre y la miseria, y a la par, abatir de un tajo el pararrayos celestial que detiene las iras de un Dios justamente irritado, por los pecados de los hombres. La reacción del pueblo español fué viril y total. Nuestros reyes, nuestros soldados, nuestros teólogos, poetas, artistas... todo el pueblo a una, vibrante de indignación santa, se puso en pie de guerra contra el monstruo protestante. Y si no le aplastaron en Europa, no fué ciertamente por falta de coraje ni de bríos españoles, sino por el auxilio que le prestaran alianzas absurdas y criminales, inspiradas en el afán político de abatir el vuelo majestuoso de nuestras águilas imperiales. Bien podía, pues, cantar el poeta del Imperio contemplando el regocijo popular en la fiesta del Corpus:

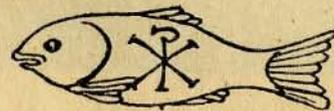
Y ¡qué bien parece loco
el pueblo, pues hubo quien
dijo que el día de Dios
era cada cascabel, silogismo
contra el apóstata infiel!

Tanto arraigaron en la conciencia y costumbres del pueblo los autos sacramentales que su representación, durante la octava principalmente del Corpus, llegó a tener rango de fiesta nacional. Se representaban en

todas partes, hasta en las aldeas más apartadas. Dispensábanles las autoridades civiles y eclesiásticas, los municipios y los gremios, su apoyo y protección más decididos, sin perdonar gastos ni dispendios por cuantiosos que fueran, para rodearlos de la mayor pompa y magnificencia. Ellos hicieron las delicias de nuestros padres, logrando un favor y popularidad únicos, hasta que un escritor, español de nacimiento, afrancesado por su formación enciclopedista, José Clavijo, se atrevió por primera vez, abroquelado como estaba por la amistad de Aranda y Grimaldi, a lanzar mil invectivas de la peor especie contra nuestras popularísimas representaciones sacramentales. El sentimiento popular se irguió indignado contra los insultos que, so color de piedad, disparaba el volteriano escritor desde las trincheras de un periódico. Suscitóse en la prensa y en la calle una verdadera polémica, literaria en apariencia, pero de mucho más fondo en realidad, porque tendía a desviar el ancho cauce de la antigua y gloriosa tradición eucarística española. A los afrancesados se une con su gran prestigio Nicolás Moratín y, atropellando el sufragio universal de nuestra gente, expide Carlos III, en 11 de junio de 1765, la real cédula que proscribía en todo el reino la representación de nuestros famosos autos sacramentales, la más alta escuela popular de cultura religiosa que ideó jamás la Pedagogía moderna. Ni quiero recoger aquí las sinrazones en que se apoyaba la sentencia a muerte dictada contra los autos en nombre de la Literatura y aun de la Religión, porque de acusaciones tan injustas como falsas ha sabido vindicarlas victoriosamente la pluma inmortal de Menéndez y Pelayo.

No, no son los autos, como ha escrito Ticknor y

Sismondi, composiciones absurdas y monstruosas que tornan ridícula la religión de España. Son la expresión plástica de la fe de todo un pueblo en el dogma católico de la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo, son lecciones rítmicas, hechas luz y color, que se meten por los ojos, de la más alta filosofía y teología cristianas, son el verbo de la raza que canta con versos sonoros el sacramento del Amor, son el pregón eucarístico de España que llevaba de frente, ella sola, contra todos los poderes conjurados de Europa, las cuatro mayores y mejores epopeyas que vieron los siglos; enseñaba a rezar en castellano a veinte naciones americanas, combatía al protestantismo a tiros de cañón en los campos de Mülberg y a tiros de silogismos y altísimas elucubraciones teológicas en las sesiones de Trento, mientras en los porches de nuestras catedrales, un pueblo teólogo seguía entusiasmado la urdimbre de abstrusas representaciones sacramentales, subrayando con sus aplausos la viril protesta del genio católico y español, en conjunción gloriosa, contra las doctrinas escandalosas y revolucionarias de la heterodoxia.





*... que es el Alma de Toledo
la que escolta la Custodia...*

III. PREGÓN DE TOLEDO

El pregón de España salía de una ciudad transida toda ella de un recio espíritu eucarístico, Toledo. Por entre las quiebras de los cantiles del Tajo y la fronda de nuestros cigarrales aletearon siempre las brisas y las musas del parnaso autosacramentalista.

Por esto, el Corpus Christi de Toledo era y es el más famoso y celebrado de España, que es decir del mundo. Así lo asegura rotundamente el «Peregrino» de Bartolomé de Villalba, especie de libro de viaje donde se lee: *El día de Corpus Christi que es tan celebrado en Toledo fuése el peregrino viendo las representaciones que son las mejores que se hacen en ninguna parte, porque se precian los que rigen esta Catedral de tener el mejor pantomimo o representante que hay y como es la flor de la lengua en Toledo y de los farsantes, échase de ver mucho la ventaja.*

Los nombres de estos comediantes o pantomimos nos son conocidos por documentos del archivo de la Catedral extractados por Barbieri. (Migajas de la Historia, Revista Toledo, 1889). Sabemos también las cantidades que percibían por su tarea; generalmente oscilaban entre 1.000 y 1.500 reales por auto. Los actores eran contratados al efecto por dos Beneficiados o Racioneros nombrados oportunamente por el Cabildo. Acerca del emplazamiento de tales representaciones tenemos un acta capitular curiosísima de 1511 donde se señalan los escenarios: *entre los dos coros, no lejos de las casas del Arcediano y del Deán, junto a la capilla mozárabe*

o a la esquina del claustro. El pueblo toledano tomaba parte activa en esta clase de regocijos a honra de la divina Eucaristía. Desde tiempo inmemorial los gremios de sastres y fundidores organizaban danzas a su costa en algunos días festivos, señaladamente en el del Corpus y su octava. Cuando el año 1543 los señores sastres y fundidores quisieron desentenderse de esta costumbre, el Ayuntamiento recurrió en pleito y la Chancillería de Valladolid dictaminó que dichos gremios venían obligados a mantenerla.

Costumbre no menos antigua que esta era la de entoldar las calles por donde había de pasar la procesión. A los comerciantes de lienzos les sacaba el Ayuntamiento tela en abundancia para entoldar. Recurrieron ellos en contra de esta medida, y en 1558 se libró real carta ejecutoria para que solamente viniesen obligados a entoldar a su costa las pertenencias de sus casas. La influencia de Toledo era decisiva y hasta Madrid debía avenirse a respetar nuestras fiestas y anteponerlas a otras cualesquiera. Un dato curioso lo demuestra. Porras, autor de comedias bien famoso, fué llevado por la fuerza a Madrid para hacer las fiestas de la corte. Enterado de ello el Cabildo, envía allá, por el año de 1598, al Capellán de coro, D. Esteban Martínez de los Reyes, para ver de evitar que se celebren las madrileñas y se mantuviesen las toledanas, como en efecto sucedió.

Tal era el entusiasmo de las gentes por este linaje de regocijos y tal calor les prestaron, que surgen bien pronto no pocos y lamentables abusos que hubo de reprimir muy duramente el Cabildo con una serie de normas llenas de prudencia y cordura, tales como las siguientes:

1.^a que los entremeses se hagan con toda decencia, sin que haya en ellos cosa de profanidad, para evitar lo cual deberían ser antes censurados y aprobados por los mayordomos.

2.^a que de ninguna manera se introduzca persona de la Santísima Trinidad, ni de la Virgen ni del Papa. ¡Qué hermosa lección de respetuoso amor al dogma de la Trinidad, a la belleza de la Madre de Dios y al prestigio del Papado!

3.^a que los mayordomos ofrenden los dos primeros autos a la ciudad de Toledo.

Fiesta la del Corpus toledano verdaderamente imperial. Hacia ella convergían y en ella encontraban su plena epifanía y justificación las riquezas fabulosas de nuestra Catedral. Para este día triunfal, que relumbra más que el sol, levantaron nuestros padres la traza grandiosa de esta Iglesia-madre, con su bellísima capilla del Corpus Christi, con su retablo mayor, verdaderamente monumental, girando todas sus figuras en torno a la custodia de talla gigantesca que oculta el Sagrario, con sus pinturas y relieves artísticos que exornan los muros y altares de las capillas y sacristías, con sus preciosísimos ornamentos sagrados, vasos, ostensorios, incensarios, palios de brocado, ropas de tisú de oro, varas de plata artísticamente repujadas, con sus cruces góticas afiligranadas, con su trasparente barroco, extraña y original profusión de adornos, estatuas, mármoles, jaspes y bronces en mareante orgía de luz, con sus verjas, las famosas verjas catedralicias, reciamente forjadas

y primorosamente cinceladas conforme a los cánones aerodinámicos del arte ojival, o en relación con los módulos y gustos renacentistas de líneas y contornos clásicos, con sus casullas y ternos, constelados de aljófar y perlas y, sobre todo este derroche y opulencia al servicio de la Eucaristía, con su custodia, la prodigiosa custodia de Arfe, la más rica, artística y deslumbradora del mundo... Toda esta riqueza inmensa que permanece fija y muda en ese gran museo que es la Catedral de Toledo, parece animarse el día del Corpus y danzar en torno a la hostia consagrada, donde palpita el Amor de los Amores, llevado en procesión por las calles, plazas y cobertizos de esta ciudad única, escoltado a su paso por largas hileras de legos, clérigos, beneficiados y prebendados, y allá, custodiando, en guardia de honor, al Señor Sacramentado, la púrpura cardenalicia del Arzobispo Primado reverberando sobre el pueblo la gloria de una dinastía ininterrumpida de Cardenales y Arzobispos próceres, lumbré y honor de la Iglesia y de la Patria. Así, señores, con pompa y fastuosidad verdaderamente imperiales, solemnizaban nuestros padres la fiesta españolisíma del Corpus Christi.

He ahí nuestro pregón, el más sonoro y vibrante de todos, el Pregón de Toledo.

Pues bien, señores míos, en este santo afán de recuperación de nuestros grandes valores espirituales, objetivo irrenunciable de nuestra reciente Cruzada nacional, no pueden faltar las solemnidades eucarísticas que proyectaron su lumbré por los cielos de España. En ellas formaban desde los Reyes hasta el último vasallo, orgullosos de ver cómo, al paso del Santísimo, abatíanse las

banderas de Ceriñola y Lepanto e hincaban su rodilla infantiles y caballeros victoriosos en cien combates. Calaron tan adentro nuestros Teólogos en las sombras luminosas del misterio, defendieronlo con tanto arrojo y ahinco nuestros soldados en los campos de batalla y, sobre todo, llególo a asimilar con tal fuerza nuestra gente, que brota el auto sacramental como fruto maduro de nuestra intensa piedad eucarística y como reparación de todo un pueblo por las negaciones heterodoxas de luteranos y calvinistas. Reflejo y exponente de la vida, carácter y ciencia teológica de la estirpe, contribuyeron a su vez los autos a nutrir el alma de nuestros padres con médula de fe, imprimiendo en nuestras costumbres religiosas un sello y perfil inconfundibles. En este horno y yunque teológicos forjóse el pueblo de recio temple cristiano, que no abdicó jamás de sus creencias *y cuyos más ejemplares tipos fueron aquellos demacrados ascetas que parecen hechos de raíces de árboles, con el burdo sayal pegado a las carnes y la mirada fija, ardiente, luminosa de quien nada puede contemplar en la tierra que iguale a los éxtasis anticipados del cielo.* A la luz de estas estrellas y en este anhelo común por restaurar la pompa litúrgica del Corpus Christi a la antigua usanza española, debe ir Toledo a la vanguardia, por ser él exponente máximo, símbolo augusto y sagrada herencia de nuestro Imperio. Toledo, depositario y guardián de los restos de la «Loca del Sacramento», Doña Teresa Enríquez, la santa hija del Almirante mayor de Castilla, Don Alfonso, precursora, como acertadamente ha escrito el P. Bayle, de las Marías de los Sa-grarios, Toledo, cuna del maestro Valdivielso, Capellán mozárabe y autor del «Romancero espiritual», gran

poema sacro-lírico en honra del Señor Sacramentado, que con el glorioso triunvirato de Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón constituyen como el estado mayor de nuestra dramática sacramental, cuna también de Tristán, el ilustre maestro de Velázquez, con Juan de Juanes y Rivera, los mejores pinceladores de la santa cena y, por encima de todo esto, Toledo, yema y corazón de la España Imperial, que, con la levadura de sus concilios, hizo fermentar la masa rebelde de nuestro carácter ibérico, para amasar con ella un Estado nuevo y vigoroso que habría de culminar en las grandes expansiones geográficas, misioneras y civilizadoras de la edad de oro, este Toledo, apergaminado como un libro viejo artísticamente miniado, que encierra en sus páginas el tesoro de nuestra historia, taller y archivo de nuestras mejores gestas, alcázar de la Hispanidad, Toledo debe ser y será, con la ayuda de Dios y el sacrificio de sus hijos, el primer escenario sacramental de España, para que tornen a reverdecer nuestros lauros y estas sagradas colinas sirvan de templete granítico donde, el día del Corpus Christi, entre arreboles de beatíficas lumbres y fragancias de trigales y amapolas en flor, pose la mejor custodia de la tierra, con el mejor sol de los cielos, y el mejor pueblo de la historia, tal como los viera la fina pupila del Pastor Poeta y los cantara al son de su lira toledana:

... Fué en Toledo, la princesa de los riscos,
la zagala de las lomas, la sultana de las vegas;
la que airosa como un junco se levanta
sobre el duro precipicio de las peñas
por mirarse en el espejo de las aguas cantarinas de ese
que rodando sin descanso bullidoras la festejan. [río]

Fué en Toledo, la que es reina de los montes y las
la de lindos cigarrales que la colman de caricias y pro- [rocas;
[mesas;
la gallarda, la del alma recogida;
fué en la joya de Castilla, tan hidalga como entera;
la que es madre generosa de labriegos, de guerreros y
[pintores;
la que es novia de poetas,
la que es vivo relicario de la historia de virtudes de la
[España,
la que es maja entre las majas, la que es buena entre las
[buenas!

Fué en Toledo... Fué en sus calles silenciosas,
retorcidas cual las hoces de la siega;
esas calles pecho arriba que parecen a la senda que va al
[cielo;

esas calles tan estrechas
que al que pasa lo acarician con el roce de sus muros,
con el beso de sus hierros, con el alma de sus piedras...

Bajo el toldo que las llena de misterios,
y a lo largo las aceras

los cadetes, los pimpollos de la España valerosa,
los que mueren bendiciendo su bandera,
los que pisan como pisan los mastines en los montes;
los que llevan en las venas
sangre pura de valientes

y en sus pechos y en sus puños la pujanza de mi tierra,
van cubriendo los senderos, cuando pasa la custodia con
[la misma gallardía
que los carros de las mieses castellanas cuando vienen
[por las eras.

Aunque viva quien lo viera miles de años...
miles de años se recuerda de la escena!

Rompen marcha dos parejas de civiles cabalgando;
detrás de ellos, y en caballos como blancas azucenas,
van airosos los que tocan los clarines;
detrás sigue el timbalero sobre mansa jaca negra,
y a seguido van las mangas y las cruces,
unas mangas y unas cruces tan soberbias,
que hay algunas que las llevan en las andas
como llevan a los Santos cuando salen de la Iglesia.
Ocho mangas y estandartes,
manojos de oro y de seda,
van pasando para gozo de los ojos de las gentes,
pa regalo de los ojos soñadores de las hembras,
que en balcones y entre majas y brillantes colgaduras de
[mantones de Manila
se amontonan con el lustre que, a los rayos del sol recio
[de Castilla,
se apretujan en las viñas de la Mancha los racimos en
[las cepas.

¡Qué lujosos estandartes, Virgen Santa!
¡Qué divino, qué remajo el del Cristo de la Vega!
¡Paice un trigo cuando en mayo da sus flores azulinas,
arregüeltas con las matas de amapolas, los cogollos de
[la alverja!

Y a los sones de la banda y entre el grupo numeroso
de vistosos uniformes, de levitas y de estrellas,
y al comedio del jabardo de los curas que levantan
con el humo del incienso una preta polvareda,
se adelanta la Custodia con el blando tintineo de sus
[limpias campanillas,
bajo el lindo cobertizo que formaron con el oro que tru-
[jeron de otras tierras
unos hombres que lucharon con los mares;
unos hombres que a zarpazos con las aguas señalaron la
[vereda
por do había de ensancharse la semilla de la raza,
como recios labradores que preparan los barbechos apre-
[tando las estevas.

Todo el mundo se arrodilla,
todo el mundo, mientras dice «Padre nuestro...», se re-
[crea
contemplando la majencia de las flores que rodean el
[asiento...,
contemplando las espigas que subieron de los trigos de
[la vega,
que lo mismo que en el tallo se remecen cuando el aire
[las empuja,
al murmullo de los rezos que retiemblan en los labios,
[cabecean.

Y es entonces cuando el pecho del cristiano se recrece,

y es entonces cuando siente del creyente la fe ciega,
y es entonces cuando se abren los veneros de ternura
al acento de las santas campanillas que vocean
que en el majo monumento que relumbra soberano
marcha junto el pan del cielo con los panes de la vega...
Y es entonces cuando miro embebecido,
y es entonces cuando siento mis empujes de poeta...

¡QUE ES EL ALMA DE TOLEDO
LA QUE ESCOLTA LA CUSTODIA!,
¡ES EL ALMA DE CASTILLA!,
¡ES EL ALMA DE MI TIERRA!

 PAX 